

# 25 de AGOSTO 1825 **ARAS Y** 25 de AGOSTO 1895 **ARETAS**



Mira allá, á lo alto, allá tras de las nubes;  
 hacia el trono do el sol, áureo se inflama  
 circundando su frente de destellos,  
 de ardientes dardos que la sombra rasgan.  
 Mira más alto aún, al azul manto  
 en que chispean las estrellas pálidas  
 dando á la espada sus reflejos puros,  
 á la espada que guarda y no amenaza.  
 Mira siempre más alto, siempre al cielo  
 que sus colores dió al patrio oriflamo.  
 Mira al trono de nubes, al espacio  
 á lo más alto... Allá, allá está la Patria!  
 A. GIMÉNEZ PASTOR.

**AÑO 1**  
**Nº 78**  
 Agosto 25 de 1896  
**PRECIOS SUSCRICION**  
 MONTEVIDEO DEPARTAMEN

Un mes  
 Seis meses  
 Un año

**EXTERIOR**  
 Los mismos precios en mon  
 lente con el aumento del  
 Número corriente 30 centesimos - Número

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS  
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS  
 Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301  
 MONTEVIDEO.  
 IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

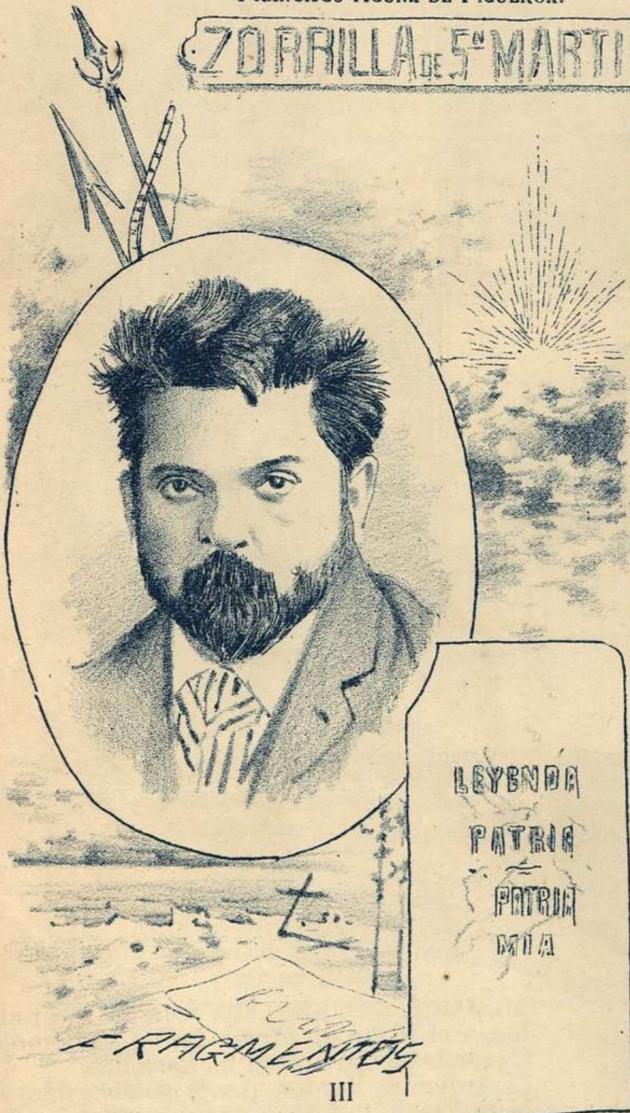


**PATRIÓTICA**

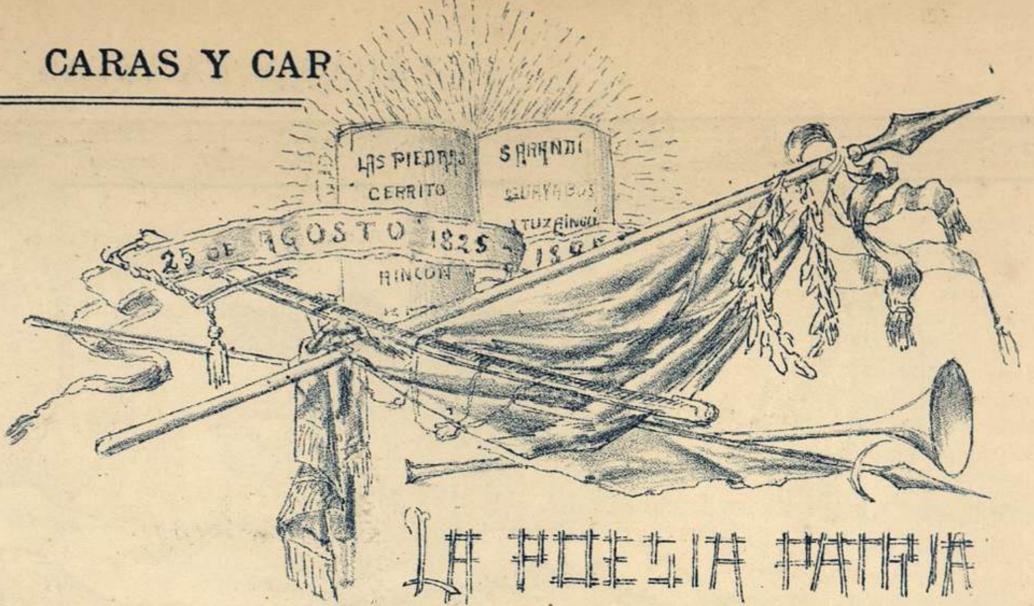
Al estandarte de la Patria bella  
Que, con gloria y honor tremola al viento,  
Orientales, hagamos juramento  
De vivir libres ó morir por ella.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

**ZORRILLA DE S. MARTÍN**



Mirad: del URUGUAY en las espumas,  
Del URUGUAY querido,  
Brotó un rayo de luz desconocido  
Que, desgarrando el seno de las brumas,  
Atraviesa la noche del olvido.  
Semeja el fleco ardiente que colora  
A la lejana estrella vespertina  
Que el sueño de la tarde ilumina.  
Es primero un albor... luego una aurora...  
Luego un nimbo de luz en la colina...  
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,  
Y, encendiendo el secreto de la niebla,  
En fragoroso incendio se desata



**LA POESÍA PATRIA**

Que, en el cercano monte,  
Destrenza su abrasada cabellera,  
Y salpica de luz el horizonte,  
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros... ya es la hora;  
Y, el chocar de los remos en el río,  
Alzan la barcarola de la aurora  
De ritmo audaz y cadencioso brío,  
La eterna barcarola redentora.  
Caen de los sauces las dormidas arpas  
Por impalpable mano arrebatadas;  
La selva entona de la patria historia  
Los no aprendidos salmos inmortales;  
Al beso de la luz se alza la guerra,  
Y brotan de la tierra  
Palpitantes, recuerdos á raudales,  
En luminosa ebullicion sonora.  
Los átomos alados  
Nadan en luz en torno de la aurora,  
Y despiertan los cantos olvidados  
Que en el juncal dormían,  
Los que en las nieblas mudos se arrojaban  
O, sin eco en el aire discurrían  
E, impulsos sin objeto, desmayaban.

Y entre la luz, los cantos, los latidos,  
Roja, intensa mirada  
Que por el campo de la patria hermoso  
Paseó la libertad, pisan la frente  
Del húmedo arenal *Treinta y Tres* hombres;  
*Treinta y Tres* hombres que mi mente adora,  
Encarnación, viviente melodía,  
Diana triunfal, leyenda redentora  
Del alma heroica de la patria mía!

IV

Hélos allí...  
Con ademán sañudo,  
Cárdeno el lábio y la pupila ardiente,  
De batallar el acerado escudo  
Embrazan sin temblor; ciñen la frente  
Con el pesado casco del guerrero,  
Y altivo un reto lanzan  
Que se estrella en el rostro del tirano;  
Que cabalga los aires,  
Y rueda, y se dilata y se desborda,  
Como, de ruina y destrucción sedienta,  
Embozada en su parda vestidura,  
Lleva sobre sus hombros la tormenta  
La voz de Dios... Clavado en la llanura  
Del nuevo *Sinai* sobre la espalda,  
Como león que sacude la melena,  
Azota el aire y estremece el asta  
El pabellón de LIBERTAD ó MUERTE  
Que el aura ajita de presagios llena.  
Vibrando está en los lábios de los héroes  
El santo juramento  
De MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,  
Que da á los hombres de virtud ejemplo,  
Y se esparce solemne y poderoso,  
Cual se difunde el salmo religioso  
Por las calladas bóvedas del templo.

V

¡Ellos son, ellos son! Patria querida;  
No eras tú, no, la que en servil letargo  
Te adormeciste ayer; vírgen tu alma  
Al otracismo amargo  
Huyó, vencida pero no humillada,  
A salvar pura nuestra patria idea.  
Y hoy ya torna encarnada  
En la enseña divina que flamea  
En la cerviz del opresor clavada.  
No era tú, no, lo que su aliento enfermo  
Daba á los lirios que en las tumbas brotan  
Al calor del suspiro de la muerte;  
Yo te descubro allí, radiosa y fuerte  
Al verter en el lienzo de la noche

Las tintas del color de la alborada,  
Y en el foco febril de tu mirada,  
Volvemos, con el sol de nuestra historia,  
Ese calor de Libertad preciada  
Que el broche rompe de la flor sagrada,  
Y fecundiza el gérmen de la gloria.

Yo te descubro allí; tu alma tan solo  
Da movimiento á treinta y tres latidos;  
Esos que tornan tu impalpable esencia  
Y, empapada en su luz, alzan la frente;  
Esos que arrancan de la amarga noche,  
La libre aurora del eterno día,  
Esos tus hijos son, son nuestros padres,  
Patria de mis hermanos, patria mía!

VI

El alma que á su cuerpo retornaba,  
Hirviendo circulando  
Se infiltró, como un hálito de fuego  
En las venas del pueblo, despertando  
A su paso entre bosques y llanuras  
Las auroras dormidas.  
Y los marciales cantos que guardaban,  
A medio formular entre los labios,  
Alas para volar. El comprimido  
Grito de guerra renació los aires,  
Hervor de multitudes  
Brotó de entre los bosques más lejanos;  
El casco del corcel hirió la tierra  
Con temeroso son; el de los llanos  
Clamor inmenso repitió la sierra  
Y se cernieron en siniestro vuelo  
Hasta azotar con sus armadas alas  
El verde pabellon de las almenas,  
Aves en cuyas garras  
Cuelgan aún anillos de cadenas  
Que, al chocarse, derraman en el viento  
Rumor de imprecaciones,  
Murmullos de tumultos invisibles,  
Fragmentos de canciones  
Y metálicos golpes repetidos  
Cuyo ritmo se ajusta  
De un corazón de bronce á los latidos.

Al sentirlos cruzar entre las sombras,  
Lívidos los espectros  
Que acechan los insomnios del tirano,  
En onda descompuesta é imposible  
En su almohada se alzaron,  
Y pobleron sus horas agitadas  
Las visiones de muerte. Atropelladas,  
Rodaron las corrientes sacudidas,  
El incendio rodó por nuestro suelo,  
El PLATA rebramó sordas querellas  
Y, como aliadas que aprestaba el cielo,  
Sus alas encendidas  
Agitaron temblando las estrellas.

Ya es tarde, ya es en vano,  
Extranjero opresor, despavorido,  
Apercibirte á la forzada lucha  
Y concitar innúmeras lejiones;  
Ya en cercano se escucha  
El libre relinchar de les bridones,  
Que el casco fijarán sobre tu pecho,  
Y el mundo encuentran, á su paso, estrecho.

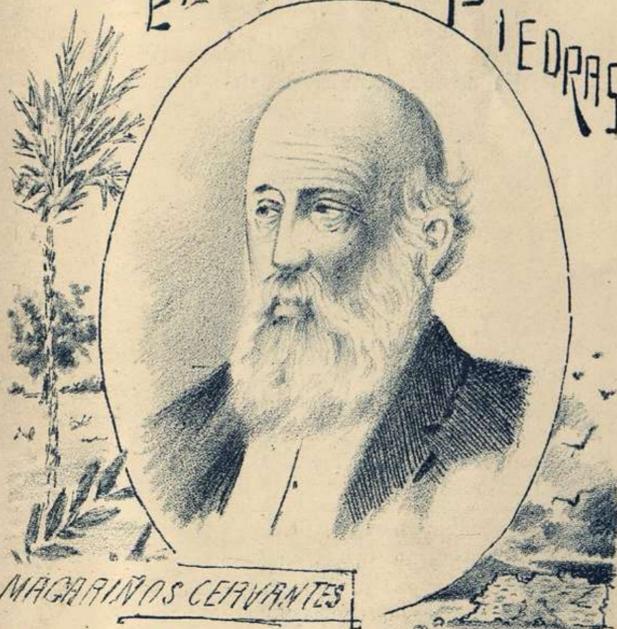
Ya las ferradas lanzas  
Buscan camino, y lo hallarán sangriento,  
Hasta tu mismo corazón, sediento  
De cobardes venganzas.  
En vano en tus mazmorras oprimidos  
Escondes los valientes  
Que encontrastes inermes y rendidos  
En torno de su hogar... Oye: ¿no sientes  
Cómo alzan á los lejos sus hermanos,  
Y llega hasta sus rejías  
El himno con que mueren los tiranos?  
¡Ah! cuando el grito de los libres suena.

Nuncios de redención, vuelan sus ecos  
A hacer brotar fronteras demarcadas  
Por la mano de Dios, que se levantan  
Del seno de los ríos y los mares,  
Y, al escalar los montes,  
Con siluetas de cunas ó de altares  
Van á cerrar los patrios horizontes,  
Ensayando sus belicos cantares;  
Arrullos de una cuna que, en el aire,  
Entre el marcial confuso desaliño,  
Se dan de guerra el sonoro abrazo;  
Primer vagido de un gigante niño  
Que recoje la gloria en su regazo.

Y aquel grito sonó... De la FLORIDA  
En los fragosos campos,  
Rodeada de los bravos redentores,  
Arde la inmensa hoguera  
Que la patria encendió, y arden en ella  
Nombres, tratados, vínculos nefarios  
Que vuelan, en cenizas esparcidos,  
Como aliento de pueblos redimidos.  
En ella se fundieron las cadenas  
Para forjar con ellas las espadas,  
Y los pechos en ella se templaron  
Que, en SARANDI glorioso,  
Los escombros de un trono amontonaron

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

EN LAS PIEDRAS



MAGARIÑOS CERVANTES

—A la cuchilla vamos, hijo mio,  
Y verás como allí no tienes frío.  
—Todo es recojimiento en esta hora  
Que el rayo postrimero del sol dora.  
—¿Ves el Cerro, la mar, el hondo valle,  
Las Piedras... más allá Santa Lucía?  
—¿Dónde volver la vista que no halle  
Un cuadro de sublime poesía?  
—Pero hable el corazón, y el labio calle  
Cuando al llano bajemos, alma mía.  
—Apresuremos, padre mio, el paso  
Que el moribundo sol toca al ocaso.  
—Por allí, tras aquellos membrillales  
Tras aquella olvidada y ruin tapera,  
Arrollados los leones castellanos  
Por sus hijos los leones orientales,  
Buscaron un refugio en su carrera;

Y otra vez á las manos  
Con arrogancia fiera,  
Volaron como rayos  
Sosteniendo el honor de su bandera.  
Valientes á la par unos y otros.  
Del fusil y cañón al centelleo  
Y al salvaje relíncho de los potros,  
Caían en confuso remolino  
Como bajo la hoz del campesino  
Caen segadas del tallo las espigas.

Mas á la voz de Artigas  
Que horrisona retumba  
Los bisoños reclutas uruguayos  
Siguiendo el rojo brillo de su acero,  
Terrible cual pampero  
Que todo lo derrumba,  
Embistieron, sedientos de venganza  
Y cada bote de su fuerte lanza  
A un soldado español abrió la tumba!  
—¿Por qué el paso detienes, y qué miras  
Padre, con tanto afán...? ¿Por qué suspiras?  
—En este campo que inmortal hiciera  
Del indomable Artigas la victoria,  
No se ve un monumento, ni siquiera  
Levantada una piedra á su memoria!  
—¿Pero tiene una página en la Historia!  
—Niño; en tu pecho el entusiasmo late  
En tu rostro infantil se pinta el brío...

Vamos, que es tarde...  
—Ya no tengo frío  
Llévame al sitio donde fué el combate!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

BERNARDEZ



LA BANDERA

I  
Mirad!... Mirad orientales,  
El pabellón venerado!  
El que del cielo ha copiado  
Los colores inmórtales!  
El que ante los pechos leales  
Tiende sus pliegues, ufano!  
Ese, que cansa la mano  
Con el peso de la gloria,  
Y que por sol de victoria  
Tiene el sol americano!

II  
¡Cómo es bello cuando juega  
Con sus colores la brisa,  
Y con su dorada risa  
La luz á besarlo llega!  
Lento se pliega y despliega  
Como un ala fatigada,  
Y la tela immaculada  
Parece que sólo fuera  
Una dichosa bandera  
Para la paz consagrada!

III  
Mas, cuando el raudo pampero  
Sacudiendo su aletazo,  
Ciñe en frenético abrazo  
Ese mástil altanero,  
Entonces, pujante y fiero  
El pabellón se dilata,  
Cruje, crece, se desata  
En la ráfaga violenta,  
E ilumina la tormenta  
Con relámpagos de plata!

IV  
Luz y Gloria! Paz y Guerra!  
Trabajo y Ley, orientales,  
En sus pliegues celestiales  
Nuestro pabellón encierra!...  
Cuando á dormir en la tierra  
Baja la noche enlutada,  
Aún entonces, la sagrada  
Bandera va á su destino,

Porque siempre en su camino  
Deja el sol una mirada!

V

Seguid, hermanos, la estrella  
De la patria! Dios la guía!  
Id á la lucha! id al día!  
Id á la cumbre con ella!  
Seguid la radiante huella  
De su victorioso pié,  
Y mirad cómo se ve,  
Á la sombra de su enseña,  
Toda rencilla pequeña,  
Y gigante toda fe!

VI

Honremos siempre, orientales,  
Al pabellón venerado!  
Al que del cielo ha copiado  
Los colores inmórtales!  
Al que ante los pechos leales  
Tiende sus pliegues, ufano!  
A ése que cansa la mano  
Con el peso de la gloria,  
Y que por sol de victoria  
Tiene el sol americano!

EL ESCUDO

I

Con el sol sobre la frente  
Y el fuerte pecho desnudo,  
Nuestra patria, sin escudo,  
Luchó denodadamente!  
Y después que el Continente  
Abrió campo á su derecho,  
Con el tono satisfecho  
De quien quiso ser, y pudo,  
Dijo:

«Ahora quiero un escudo  
Para que me guarde el pecho!»

II

Tomó un guerrero broquel  
Templado á golpes de lanza,  
Y pintó, á la antigua usanza,  
Sus condiciones en él;  
Mostrando en cada cuartel  
Que, para darle nobleza,  
Surgieron, Naturaleza,  
Bajo tu santa caricia,  
La Potencia, la Justicia,  
la Libertad, la Riqueza!

III

Para mostrar su confianza  
En la Ley, alta y suprema,  
Tomó por primer emblema  
De su escudo una balanza,  
Y dijo así: «Mi esperanza,  
Justicia, será contigo,  
Y con tu ayuda me obligo  
Á dar al débil defensa,  
Al virtuoso recompensa  
Y al miserable castigo.»

IV

Era fuerte y altanera:  
(Las legiones enemigas  
Aprendieran, desde Artigas,  
Á respetar su bandera);  
Y para probar que lo era  
Y mostrar que lo sabía,  
Como un callado vigía,  
Como un fiero centinela,  
Dibujó una ciudadela  
Sobre una cumbre bravía!

V

Sin la traba del rendaje  
Y en gallardo movimiento,  
Suelto y libre como el viento  
Pintó un caballo salvaje,  
Que sólo cedió al coraje  
Y al cariño del campero,  
Para ir, en un entrevero  
De dagas, lanzas y crines,  
A enseñarle los confines  
De la patria al extranjero!



De pronto cobra el cantar  
Una forma noble y tierna,  
Y el corazón se prosterna  
Como á los pies de un altar!  
Volando en raudos vólar,  
Suben, música y poesía,  
Y se elevan á porfía  
Para cantar en los cielos  
Los titánicos anhelos  
De la vieja valentía.  
(BERNARDEZ «EL HIMNO»).

H. F. 1897

## VI

Después tendió su mirada  
Por la pradera dormida,  
Y la vió, inmensa, florida,  
Bajo innumera manada  
De reses; miró salvada  
Su riqueza de nación,  
Y con la satisfacción  
De quien completa un deseo,  
Tomó una res de un rodeo,  
Y la pintó en su blasón.

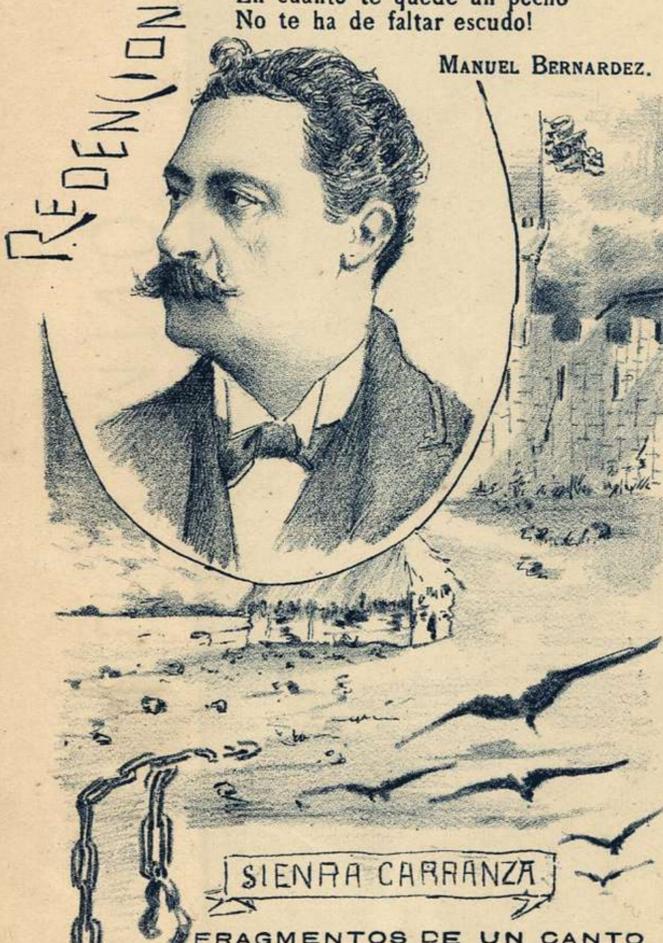
## VII

Ya estaba el escudo lleno;  
Y con viril alegría,  
Lo miró á la luz del día  
Y comprendió que era bueno!  
El sol brillaba sereno,  
Sonaban santas canciones,  
Cuando ella sobre cañones  
Puso sus cuatro cuarteles,  
Con guirnalda de laureles  
Y marco de pabellones!...

## VIII

Que tus emblemas, Deidad,  
Como buenos centinelas,  
Protejan á tus escuelas,  
Y defiendan tu ciudad!  
No tema tu libertad!  
Florezca en paz tu derecho!  
Que si tu escudo, deshecho  
Fuera por golpe sañudo,  
En cuanto te quede un pecho  
No te ha de faltar escudo!

MANUEL BERNARDEZ.



FRAGMENTOS DE UN CANTO

## I

Silencio!... bajo el cielo  
Que cubre al Uruguay,  
Gime la brisa en duelo  
Cuando en su tardo vuelo  
Requiebra al ñandubay

Acaso entre las ruinas  
Vaga el recuerdo aún?  
¿Endechas peregrinas  
Aún guarda en las colinas  
El solitario Ombú?

El cierzo ya no orea  
La sangre del vivac.  
De la feroz pelea  
Sobre el lugar blanquea  
De huesos el tendal

¡Silencio!... los caranchos  
Ya hicieron su festín!...  
Del genio de los ranchos  
No hay en los campos anchos  
Ni un débil eco allí.

En la llanura abierta  
No hay un jinete ya.  
Y, en vano en la desierta  
Cuchilla, á dar su alerta  
Asómase el yajá.

Silencio!... de los ranchos  
No hay en los campos anchos  
Más que el escombros allí  
Silencio!... Los caranchos  
Ya hicieron su festín!

## II

Desde o Prata até o Amazonas  
Do Andes. ao mar de Anil!

(Himno Brasileiro).

So la coyunda ominosa  
Triste cautiva reposa  
La ciudad, señora ayer.  
En seña de su derrota  
La enseña en sus muros flota  
Del extranjero poder.

En la épica ciudadela  
Descansa ya, que no vela  
El atalaya imperial.  
Duerme Lázaro su muerte.  
¿Quién romper intenta, fuerte,  
La lápida sepulcral?

Duerme!... Es verdad que dilata  
Del Amazonas al Plata  
Su señorío el Brasil.  
Y el himno ha unido las zonas  
Desde el Plata al Amazonas!  
Del Andes al mar de Anil!...

Vienen los fieros vestiglos  
Del combate de dos siglos  
A solazarse en la paz,  
Mientras la sombra, asombrada,  
De Ceballos, vuelve airada  
La torva y lívida faz!

Ni los muertos ni los vivos  
Turban los goces altivos  
Del coronado señor—  
¿Qué es de un pueblo el cautiverio  
Cuando en él cifra un imperio  
Sus delirios de esplendor?

¡Duerme en paz, ciudad vencida,  
Por cuya afrentosa herida  
El alma de un pueblo huyó!  
Duerme!... ó acaso, en cadenas,  
Canta las glorias ajenas  
Al compas de tu baldón!

Duerme!... ó acude á la cita  
Del sátrapa que te invita  
Sus horas á embellecer.  
Y adulando su arrogancia  
Insulte el sarao la estancia  
De Barreiro y de Soler!

Que, en tanto, á los aires flota,  
Emblema de tu derrota,  
El auriverde pendón,  
Y el imperial centinela  
Descansa, que ya no vela,  
Sobre el épico bastión!

## IV

Helos allí, en su inquietud solemne,  
En sus frágiles barcas sobre el río.  
Jugó con ellos vendabal bravío  
Y venció su constancia al vendabal  
Las recelosas naves enemigas  
Del huracán ante el furor huyeron...  
Los que á la patria esclavizada oyeron  
Ya están sobre el histórico arenal!

¿Cuántos son?... Treinta y Tres! y á las legiones  
Del número de miles desafían!  
La libertad y el pundonor los guían  
Y los cubre la enseña tricolor...  
Alejadas las barcas de la orilla  
Se han tirado los dados á la suerte!  
Así fué escrito: ¡Libertad ó Muerte!  
Así al azar se entrega su valor.

Sublime instante!... La rodilla en tierra,  
Puesto en la Patria el corazón altivo,  
La frente oreada por el sol nativo,  
Y alzado el brazo en bélico ademán,  
A la potente voz de Lavalleya  
Que formula el sagrado juramento,  
«¡O Muerte, ó Libertad!» con rudo acento  
Claman los héroes en soberbio afán

Treinta y Tres! Treinta y Tres! en vuestras almas  
El alma de la patria que gemía  
Concentró sus dolores aquel día  
Su esperanza, su fé, su porvenir!  
De su azotado rostro la mancilla  
En vuestros sables hallará venganza,  
O, en la lidia al ceder vuestra pujanza,  
La frente doblará para morir!...

Morir?... En el calor de su entusiasmo  
Revivirá la vida de otros días  
Las palmas, el honor, las alegrías  
Del combate, del triunfo y de la paz!  
Campo á los héroes!... su falanje exigua  
De héroes es semillero... la victoria  
Es su hermana... Y la estrella de su gloria  
El sol de la vengada libertad!

## V

Del bosque opaco por la espesura  
Sobre el desierto de la llanura,  
De los arroyos entre el juncal,  
La sombra escapa desvanecida,  
Corre la brisa con nueva vida,  
La onda murmura dulce cantar

Rumor extraño, voz misteriosa,  
La selva ajita muda y frondosa  
Traspasa el monte y el lago azul.  
Habla á los jenios de la agria sierra,  
Da á los centauros citas de guerra,  
Vibra en las décimas bajo el ombú.

Al grito ansioso del teru-tero  
Apura el gaucho su parejero  
Y el valle eterno cruza veloz  
Y, desde el prado que verde brilla,  
Arreada al bosque va la tropilla  
Silbando el látigo del conductor.

¿Qué es lo que buscan? ¿Qué luz los guía?  
¿Qué empresa al hombre pide hidalguía?  
¿Quién los bridones demanda así?...  
Es que al reclamo de Lavalleya  
Hogar y amores el gaucho deja.  
Y hacienda y vida lleva á la lid ....

Tantos presagios oscuro arcano  
Para el espíritu son del tirano  
Envanecido con su poder  
¿Siente el murmullo?... Desde la altura  
De su arrogancia, juzga locura  
Cuanto un peligro pudiera ser

Así á sus goces se da tranquilo,  
Así sus horas niega al sigilo,  
Y en sus laureles duerme quizás...  
Así de pronto siente lejanas  
Secas descargas, subitas dianas  
Ruidos de incendio raudo y voraz

¡Ah del monarca!... No serán leales  
Contra su patria los orientales...  
No serán fieles á la opresión!  
La vil promesa que impuso el dolo  
Será la mancha de un lustro solo,  
Que hallará en sangre su redención!

Y al primer choque fué la primera  
Noble victoria de la bandera  
Que el lema ostenta de Libertad!  
Y allí el vencido... Calle la lira  
El nombre augusto qua aun hoy inspira  
Por breve falta magna piedad!

Después... no hay diques para el torrente.  
Del pueblo heroico que alzó su frente  
La herida cólera se desbordó.  
Y del tirano la saña fiera  
Rugió impotente cuando en Rivera  
Buscó al lacayo, y el libre halló.

Ah de los déspotas!... No serán leales  
Contra su patria los orientales  
Ni tendrá fieles el pacto vill!  
Ya arden las actas de servidumbre  
Y en la Piedra Alta brilla la lumbre  
De los relámpagos del Sinaí

Y el grito cunde de jente en jente  
Porque sus diques rompió el torrente,  
Porque su cráter abrió el volcán!  
Porque hay un pueblo joven y fuerte  
Que en su caída no halló la muerte  
Y que no vive sin libertad.

VII

Del día en que aflicta, cautiva, doliente,  
Con marca auriverde manchada la frente  
Surgió ante los héroes la amada ciudad,  
Airados, febriles, ni una hora de sueño.  
Tranquilo dejaron al réprobo dueño,  
Teniendo incesante la lid desigual.

Su número escaso se agranda, se estiende  
Se esparce, se estrecha, se pierde y sorprende,  
Horrible fantasma, sangrienta visión.  
La guardia enemiga se agita espantada  
Su espalda de pronto se siente asaltada  
Y el *¡salve quien pueda!* pronuncia el pavor

Lecor desde el muro contempla asombrado  
La exigua falange de espíritu osado  
Que así desafía su altivo poder.  
Sus nervios se crispan con ira y sonrojo,  
Y á un súbito golpe de insólito arrojo  
La negra venganza resuelve poner.

Medrosas lejiones dejando su encierro,  
Salieron al campo, y el campo del Cerro  
Su insigne derrota de sangre empapó  
Los sables de Oribe sus filos mellaron  
En fiero destrozo de siervos, y arrearon  
Los restos al muro que al miedo se abrió.

Graznaron los buitres heridos de espanto  
Y allá, á la distancia más hondo quebranto  
Más recio desastre responde á su voz!  
No pudo sus bajas contar la mesnada;  
Que en rápido asalto y á daga y espada  
Rivera aquel día segó en el Rincón.

VIII

Las imperiales huestes rugiendo de despecho  
Para vengar su afrenta volvieron á la lid;  
Para abatir de un golpe la gloria y el derecho  
La flor de sus gueireros aglomeró el Brasil!

A la arrogante cita bajaron las lejiones  
Que el lábaro llevaban de Patria y Libertad;  
No dieron al descanso sus ágiles bridones  
Hasta encontrar el paso del retador audaz.

Entonces se tendieron las líneas de batalla  
Domando la pericia la voz del frenesi:  
Al toque de deguello, lanzando su metralla  
El brasilero trajo la carga: es *Sarandí!*

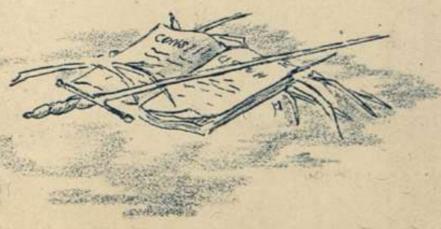
IX

«Carabina á la espalda y sable en mano!  
A la carga!» gritó breve y tonante  
El caudillo oriental, y ebria, anhelante  
Bajo el humo su hueste se arrojó,  
Las líneas con las líneas se chocaron,  
Como en ímpetu opuesto dos torrentes;  
Crujió el acero en las partidas frentes  
Y el hambre de la muerte se sació!

Ciclón que de las cumbres se desprende  
Y estrago y ruinas á su paso deja,  
En rauda acometida, Lavalleja  
La enemiga lejió barrió en tropel.  
Sables, morriones, lanzas y fusiles,  
Cadáveres y muertos palpitantes  
Alfombraron el llano que, triunfantes  
Los libres recorrieron por doquier

¡Lavalleja! las almas levantemos  
De su hazaña ante la inclita memoria  
Que en la diana inmortal de su victoria  
Del rescate la ley se promulgó!  
El derecho del pueblo soberano,  
El voto de la patria redimida,  
Fue un reto al opresor en la Florida  
¡Fue palma en Sarandí del vencedor!

J. SIENRA CARRANZA.



(1817-1828)

ROXLO

I

Musa de las patrióticas tristezas,  
Dame el laud con lloros por canciones!  
La vía es de asperezas!  
Lúgubres las visiones!

¡Aullidos del cañón, ondas sin calma  
De la humareda que asfixiante gira,  
Removed el ambiente de mi alma  
Templad en vuestras cóleras mi lira!  
¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago  
Contorno que en su afán os da mi idea,  
Y entradme en lo más recio del estrago,  
Donde sus rabias el clarín voceal!

¡Quiero asistir á la fatal jornada;  
Parte formar de la legión patriota,  
Y sentir en el alma desgarrada  
La pena y la inquietud de la derrota!  
¡Quiero en el campo de la lid reñida  
Recoger al que caiga entre clamores,  
Enjugando la sangre de su herida  
Con el pendón de pliegues tricolores!  
Y quiero de la hueste salvadora  
Retemplar el encono y la fiereza,  
Preludiando los cantos de la aurora  
Al perderme del monte en la maleza.

II

Allá van! Junto al rancho de totora!  
Tardo el corcel! La frente doblegada!  
Negra ansiedad su corazón devora!  
Llevan llanto de angustia en la mirada!

Allá van! orillando la laguna  
Escondida en los toscos pajonales  
Que esperan á las luces de la luna  
Para vestir sus hábitos nupciales!

Allá van! sobre el dorso de la loma  
Donde su último airón suspende el día!  
Donde entre nubes de salvaje aroma  
El espinillo sus malezas cría!

El último suspiro de la tarde,  
Sangrienta como un sueño de venganza,  
Un extraño fulgor relumbra y arde  
En el aguado hierro de la lanza!

Tus hijos son! las huestes montoneras!  
Las estoicas bandas campesinas  
Que en San José cubrieron de banderas  
El lecho en que cansada te reclinas!

Tus hijos son! los héroes de los llanos!  
El muro de tu altar! los inmortales  
Que hicieron con escudos castellanos  
La alfombra de tus plantas virginales.

Tus hijos son! las hordas del pampero  
Las primeras dianas de tu historia!  
Los que grabaron con buril de acero  
Tu nombre sobre el rostro de la gloria!

Vencidos van! y el moribundo día,  
Cuyos arcos de grana palidecen,  
Saluda con respeto su agonía;  
¡Si grandes en el triunfo los veía,  
Más grandes aun vencidos le parecen.

IV

Mira, madre! la angustia los desgarral  
Vibra su corazón con honda pena,  
Como vibra en sus manos la guitarra  
Con el arpegio de los tristes llena.

Saben que bajo el palio de verdores  
De un viejo ombú dormido en la colina,  
La prenda de sus rústicos amores  
Sueña con ellos cuando el sol declina.

Pero mientras los céfiros pampeanos  
Cuya canturia con dolor te nombra  
Agite los pendones lusitanos,  
¡Solitaria la virgen de los llanos  
Soñará del ombú bajo la sombra!

V

Y cuánto soñará! Ya desbandandada,  
Madre doliente, tu legión bendita,  
Sin rivales la enseña esmeraldada  
Al soplo de tus céfiros palpita!

El vivo fuego de tu sol la dora!  
Ondula con orgullo en tus almenas  
Y siente, con desdén de triunfadora,  
El rumor que levantan tus cadenas.

Mentira! no ha de ser! Dios no lo quiere!  
Prepárate á la lid! brille tu acero!  
Enseña al invasor cómo se muere!  
Azota con tu lanza al extranjero!

Plaza, imperiales, plaza  
A la amazona que á tus lides vuela  
Y el viejo escudo de su gloria abraza!  
¡Confundis al jaguar con la gacela!  
¡De este suelo con sangre fecundado,  
Cuando resuena de la patria el grito,  
Saldrán! saldrán con el semblante airado,  
Preludiando las dianas del pasado,  
Los héroes de las Piedras y el Cerrito!

Manes de los caídos  
De Catalán en el sangriento enredo,  
Dormid bajo los montes florecidos  
Sin angustia y sin miedo!  
¡No vendrán á turbar vuestro reposo,  
Cuando la luna en el espacio asoma,  
Ni el ruido del vivac del victorioso  
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!  
Pronto á cambiar el fallo de la suerte  
En vuestras tumbas se arrodilla el hado;  
¡Vais á dormir el sueño de la muerte  
al calor del terruño emancipado!

VI

Mirad que ya el oriente  
De nacarinos tintes se colora,  
Como si las guirnalda de su frente  
Lanzara al aire el númen de la aurora.

Es un copo de luz distante y vaga!  
Fleco estelar dormido en la laguna!  
Ocaso de una noche que aún se embriaga  
Con el licor de perlas de la luna!

Baña esa luz de brillos de azucena,  
Flor del aire con orlas de rocío,  
Sobre un pavés de movediza arena  
A un grupo de héroes de mirar sombrío!

Alta la frente que doró el pampero!  
Con patriótico llanto en las mejillas!  
Con la rabia del odio justiciero!  
Los más de pié, los menos de rodillas!

Extendidas las manos con sagrada  
Y profética unción, juran leales,  
Sobre la cruz del puño de su espada  
Desgarrar las divisas imperiales!

Juramento inmortal! grito de guerra,  
Que al levantar las curvas de su vuelo,  
No cabiendo en el arco de la tierra  
Fué á perderse en los límites del cielo!

CARLOS ROXLO

